



MEIOSIS DE EXTRARRADIO

Arantxa Aguilar

MEIOSIS DE EXTRARRADIO



Primera edición: mayo de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Arantxa Aguilar

© Portada: Timofei Gerber (@nikuda.nikto)

ISBN: 978-84-18663-76-5

ISBN digital: 978-84-18663-77-2

Depósito legal: M-12780-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Ayer mi ginecóloga me dijo que mi útero es bicornes.

Significa
que tiene forma
de corazón.

Tal
vez
es
por
eso
que
destruye
todo
lo que
toca.

Pero no es amor si no me miras.
Si te escondes tras la sombra que proyecta mi escritorio
y lo sientes calcinarse en un río de lava,
tal vez monstruoso, sí,
pero que pinté para ti, para que batallara tus inviernos.
Yo no tengo otra cosa más que plumas y pinceles y
demonios mamando de mi pecho,
que aunque a ti te aterroricen
ya no sé cómo decirte que solo son cachorros
y en su infierno, de alguna forma, se saben tuyos.
Pero no es amor si el cielo es azul
y el mar es azul
y tu vestido es azul
y yo soy cemento y mierda
y decepciones constantes
y poemas que no te dicen nada
por mucho que yo intento que te griten,
si lo que tú necesitas es que me saque el corazón del pecho
y sea azul
y sea nubes
y sea plástico
y sea otra.
Cualquier otra. Más azul.

Que te desnudes.
Que te quites la ropa.
Que te arranques la piel
y te saques los órganos.
Que se te caigan las venas al piso
y resbalen como serpientes
en un cabaret.
Que te lata el corazón
al borde de un barranco.
Que nadie te mire.
Que nadie te afrente.
Que Mary Shelley le escriba un poema
a lo que queda de tu cuerpo.
Que me quieras de huesos.
Que me quieras de tuétano.
Que no me dejes acá
como si nunca hubiera existido.
Como si mi rostro se hubiera borrado ya de esa moneda
con la que sobornaste a Caronte.

¿Qué es lo que se esconde tras tu cara en esas mañanas
de niebla densa?

Horas antes de convertirte en ser humano,
laxante
trenes
cerrojos.

Qué se esconde, dime.

Cuántas lágrimas guardas en las bolsas que tus ojos cargan
como dos ancianos saliendo una vez y otra del supermercado
a la eternidad
y de la eternidad al supermercado.

Leche

mantequilla

huevos

harina

yogures

queso

revelaciones

y no llegar nunca

y seguir caminando para volver a meterse en tu cráneo
y olvidarse las bolsas fuera.

Se te ha llenado el esqueleto de personas diminutas
que te viven dentro y encienden las luces de madrugada
porque no les importa si van a desvelarte.

Si al fin y al cabo solo eres la despensa donde se refugian
hasta que el sol sale
y te enfundas tu corbata oscura
y el mundo real puede tirar de ella
y pasearte como a un perro
lejos de mi cama,
terrible mitosis.

Siempre perdonaba tus demonios
porque era más sencillo que enfrentarme a los míos.

Me crié de la mano de lo malo conocido
mientras lo bueno por conocer se encogía de hom-
bros y negaba con la cabeza.

Como me aterraban los charcos
permití que los cubrieras con tus chaquetas,
mientras la lluvia se ahogaba en sus adentros
preguntándose por los dedos de mis pies.

Y ahora resulta, ahora me dicen
que no por conservarla en el congelador la carne
dura para siempre.

Se me fue la vida esperando un cumpleaños que no llegaba.
La tengo podrida y envuelta en papel film.

A ti, mi amor, incluso los cementerios te veneran.
La muerte se detiene y te observa largo y profundo.
Drácula se revuelve en su féretro al pronunciar de tu nombre.
Todos saben
—yo lo sé—
que es tu oficio un imposible.
Limpiar el alquitrán que pasea por mis entrañas y me
entraña los comienzos.
Pintarme pasos de cebra en cada vena
para que cruce mi sangre sin temblar demasiado
ante esa suerte de camiones que la acechan con ojos
de dragón sin madre.
Pero hay días
—no puedo evitarlo—
en los que me rindo ante esas curvas de mi pecho
que la DGT catalogó como puntos negros en 2014.
Días en los que no sé cómo ocultar que lo abarco todo.
Que soy el condenado y la soga,
Jack el destripador y Elisabeth Stride,
Medusa y los siseos de su pelo.
Entonces tú sonrías
—siempre sonrías—
y me preguntas si vamos a quemar el Amazonas solo
porque allí anidan las tarántulas,
mientras recoges esas colillas que me arrojaron y que
yo pretendí luciérnagas

por miedo a quedarme a oscuras.
Y las bestias, óyeme,
las bestias que pueblan esta carretera no pueden más
que enternecerse
al descubrir que existe alguien ahí que no las siente bestias.
Que existe alguien ahí que sencillamente las siente.

Noviembre de 2019 en Berlín.

Cada abrazo tuyo fue un alunizaje contra mi alma inquieta.

Ese espacio infinito entre la armadura y el casco,
eternidad inevitable.

Contigo la lluvia se sorprendió cobarde,
las gotas se detenían a metros de nosotros,
suspendidas como perlas en el aire por encima de las
farolas.

Y, al alejarnos, caían con tanta fuerza que abrían surcos
en la tierra,
meteorología colateral de ese amor nuestro.

Luchar contra tu tristeza era ser una maceta plantándole
cara al bosque.

Ir a la guerra con una espada de madera
describirle cuitas a Goethe.

Pero te sentía tan cerca que casi podía salvarte
romper ese muro invisible que separaba tu sangre de
la mía.

Recuerdo que abría tu ventana
para que vieras que la primavera venía bien verde
aunque a ti se te antojara ceniza.

Y entonces afinaba tu guitarra por si querías tocar algo
aunque tus manos fueran ya de sal y tierra.

Aquel maldito muro era cruel y estaba vivo.

Era carne, tenía ojos.

A través de él

tú y mi fracaso me observabais cada noche,
mis manos intentando alcanzarte,
tu garganta derritiéndose.

Y solo pude quedarme aquí,
a ver cómo te marchabas,
a ver cómo siempre yo me quedo.

Es su carne ola de mar.
Esa sensación de resistencia al tratar de unir dos imanes
hermanos.

Se curva de aquella manera y entre bucles me esquivo,
viviendo como vive por encima de todos los mortales
en una atalaya casera de basura y aliento.

No tiene dueño su carne, que se sabe libre y fiera.

Pantera de brillos azulados bajo la luna altiva.

Si me acerco a ese punto preciso de su nuca donde se
intensifica toda ella,
se le eriza el vello y se revuelve, pues no tiene dueño carne,
domesticación atroz.

Y yo, que utilizo a Dios como otros una aspirina
le rezo para que me permita vivir un día más
uno, al menos.

Que no devore su carne a mis dientes
mientras bajo a beber a ese lago donde no existe agua
suficiente
que calme la sed que hoy siento.

A mí no me da miedo que me duelas.

¿Cómo me va a dar miedo?

Si ya me ha dolido todo.

Me ha dolido la carne,
me han dolido los huesos, las farolas,

los jueves, la niebla, el rocío.
Me ha dolido agarrar.
Me ha dolido soltar
—joder, cuantísimo me ha dolido soltar—.
Me ha dolido el ruido y me ha dolido el silencio.
A mí no me da miedo que me duelas.
¿Cómo me va a dar miedo?
A mí lo que me da miedo es dolerte.
Arrancarte la sonrisa, así,
como quien corta una flor salvaje,
y que se me muera entre las manos.

Vuela, vuela, pajarito
por encima de las nubes.
Estas luces de ciudad
te dejaron el alma a oscuras.
No mires abajo, pajarito
no mires a la izquierda
nadie queda a tu derecha
solo trina tu memoria.
Está ardiendo tu nido, pajarito
dicen que Dios así lo quiso
creo que quería huevos fritos.

Soy todo caparazón aquí en mi espalda
para que no me veas imperfecta y desnuda.
Soy todo caparazón y dejo un rastro de dudas,
pero no sé ser de otra forma que todo caparazón.
Y quizá algún día nieve o el sol brille demasiado,
o leas a Neruda y te canses de tu carne,
y entonces seré caparazón para que nadie te duela,
para que nada te rete,
para que tengas un sitio en el que esconderte
cuando la vida te llueva y se te pudra el paraguas.
Porque tal vez —y solo tal vez—
nacé caparazón porque ya sabía
que recorrería el mundo contigo dentro,
tú poniendo en orden mis entrañas
y yo avanzando por los dos.

Caí de rodillas sobre una tierra sin flores.
El sol brillaba en uno de esos caminos que, digan lo que
digan,
no llevan a Roma.

Hay carreteras que solo conducen a otra carretera
que se cierra de repente y se abre en otra parte.
Siempre demasiado lejos, es necesario que estén lejos.
Sería algo así como vivir dentro de la boca de otro
porque las paredes de nuestra casa están cubiertas de
alquitrán y plumas.

Recuerdo que sentí que el suelo se abriría en cualquier
instante,
dando fin a este spaguetti western que me ha atrapado.
Adquiriría la forma de los labios de una madre
y por fin este retoño crecido y maltrecho
podría regresar al amparo de sus raíces.

Hace tiempo que los buitres sobrevuelan el cuerpo que
visto
como una chaqueta prestada
desteñida de esperanza.

Cuando por fin se decidan
y desciendan a la cima de mis abismos personales,
descubrirán con decepción que no soy más que cardo y
Hákarl.

Pero debajo mis órganos inútiles,
más allá de donde mi sangre alcanza,

ahí vives tú.
Ahí donde ni los buitres llegan.
Ahí donde ni yo puedo herirte.
Ahí te puse.

Un tornillo morelliano se rinde a la llamada del gran Aegir.
El pulpo lo estrecha entre el deseo de sus manos,
Lo deposita con maternal cuidado en un punto que es
ese punto
y no otro.
Es justo ahí, no más.
Se recuesta en una cama de corales y observa su creación.
Se frota las perlas de sudor de su frente cefalópoda.
Es justo ahí, no más.
A la derecha de la concha rota.
O a la izquierda, quién sabe.
Quizá no es justo ahí, no más. Quizá es a la izquierda,
no más.
No le gustan los absolutos.
Decide dar un paseo a tentáculo.
—El mar tiene estas cosas, la geometría de lo irreparable—
reflexiona.
Tan absorto está nuestro arquitecto de mercadillo,
tan absorto que no siente el pulso del hombre arraca
con la misma indecencia de quien de niño arranca
flores.
Y antes de morir se dice, ah,
aquel tornillo literario se habría visto más lindo a la
izquierda de la concha.
A la izquierda, no más.
Y entiende que su tinta es un poema sin letras

y su jardín privado va a llenarse de anarquistas.
¿Qué será lo que yo piense cuando me arranquen de
este sitio?
¿Qué concha, qué tornillo me acompañará de la mano
hacia la nada?
¿Qué último pensamiento brotará en mi jardín justo
antes de marchitarse?
Ojalá me perdones, no más.

Hay una alondra sin una sola pluma
surcando un cielo nublado.
Se las arrancó una a una un príncipe
sin ninguna margarita cerca.
No existe ave que entienda
la variante humana del amor.
Querer es destruir
—le dice, ajustándose la corona—.
Querer es deshojar.
Querer es una jaula.
Querer es una margarita que ha tenido días mejores.
Ahora ya lo sabes, pajarraco estúpido.
Ahora entiendes que nada va a sobrevivirnos.

De tu casa a la mía hay una escalera de lápidas.
Cuando hace lindo cuelgas las camisas a secar.
El infinito es prescindible.
Tengo mil caricias dentro y todas tienen algo que decir.
Todas están decepcionadas.
Piensan que lo nuestro no fue amor,
que tan solo fue horror vacui.

Tengo los órganos pequeñitos, amontonados unos
contra otros
haciéndote espacio.
Tan honestos y confusos que ya no recuerdan quién *se*
sueña y quién *me* drena,
gentrificación biológica la mía —fíjate hasta dónde
hemos llegado—.
Mi corazón es un abuelo frente a Starbucks,
una tienda de ultramarinos, una casa con patio.
Y aún así, todavía me quedan bingos esperando a que cantes,
trenes esperando a que llegues,
pulmones esperando que soples.
Tengo saliva esperando que ahogues,
revueltas buscando quemarte.
Tú, que lo inundaste todo. A ti, que todo te arde.
Tengo los coches esperando a que cruces.
Un señor incluso arrancó de cuajo varios semáforos,
cigarros electrónicos para nuevos gigantes.
Tengo el rock reservándote un solo,
teléfonos esperando que marques,
mi vértigo gritando que saltes.

Perdóname las heridas que te abrí
tratando de cerrar las que ya tenías.
Soy una suerte de Eduardo Manostijeras
aprendiendo a hacer punto de cruz.